

Populismo y literatura popular

La función de las fallas de Valencia en la extensión del *blaverismo*

Jesús Peris Llorca

2014 EN VALENCIA: UNA INSÓLITA ESCENA OTOÑAL

El 9 de octubre de 2014, como cada año, se celebró en Valencia la llamada Proce-sión Cívica. Es un acto institucional en el cual la bandera oficial de la Comunidad Valenciana desciende del balcón del ayuntamiento de la ciudad y, portada y custo-diada por autoridades municipales y autonómicas y acompañada por la multitud, recorre determinados enclaves simbólicos de la ciudad: la catedral, el palacio de la Generalitat, sede del poder autonómico, y el monumento que los prohombres de la *Renaixença* levantaron en el siglo XIX al rey Jaume I, mítico fundador del reino medieval con el que imaginariamente se religa. De hecho, el 9 de octubre, la fiesta oficial de la Comunidad Valenciana, conmemora el día de la conquista de la ciu-dad por tropas catalano-aragonesas ese mismo día del año 1238. Con orígenes me-dievales, la fiesta fue puesta en valor por el historicismo del siglo XIX en el contexto de la emergencia de las identidades nacionales y regionales españolas. Se trataba de una fiesta de marcado carácter urbano: una fiesta minoritaria municipal y cultural hasta los años de la Transición (Narbona, 1997).

Un observador que transitara accidentalmente por las calles de la ciudad hu-biera contemplado un espectáculo ciertamente curioso. La multitud no camina espontáneamente detrás de la bandera y de la comitiva oficial, sino que lo hace en grupos separados por la policía y en un ambiente de gran tensión. Ese obser-vador escucharía insultos y acusaciones en su mayor parte ininteligibles para él. Vería algunas banderas que reconocería: la *Senyera*, la bandera oficial homenajea-da, con diversas variantes. También banderas españolas monárquicas bicolors. Y, en el mismo grupo que porta estas, otras no menos reconocibles: una gran bandera negra con una gran cruz celta en blanco, o, incluso, al comienzo del desfile, un estandarte rojo con una reconocible e insólita esvástica. Al final, y con cada grupo separado por abundante presencia policial, miembros de un partido político de izquierdas, heredero político del nacionalismo valenciano, recibien-do en diversas ocasiones insultos diversos. La tensión es palpable durante todo

el recorrido. La fiesta nacional parece ser una especie de catarsis liberadora de tensiones más que una celebración por la comunidad de su propia existencia.

Si ese mismo observador paseara las calles de la ciudad por la tarde, se encontraría con dos espectáculos masivos paralelos y no menos insólitos, especialmente por su coincidencia en el espacio y en el tiempo: un desfile de Moros y Cristianos que conmemora el episodio histórico pero que, a diferencia de fiestas similares celebradas en pueblos del sur del País Valenciano, especialmente de las comarcas de la Vall d'Albaida y l'Alcoià, apenas tiene un par de décadas de tradición. Simultáneamente, una manifestación nacionalista con el lema «País Valencià: volem decidir» y en la que, entre otras cosas, podría ver banderas con las cuatro barras rojas sobre fondo amarillo, es decir, la enseña tradicional de la corona de Aragón, hoy bandera oficial de Catalunya, y banderas *estelades*, las banderas de una posible Catalunya (o de unos Països Catalans) independiente.

En efecto, si la comunidad existe, si existe un «pueblo» valenciano, este parece definirse por escisiones internas que solo tienen sentido unas frente a otras. Algunas de ellas son abiertamente fascistas en el sentido lato de la palabra. Espectadores pacíficos y que en ningún caso podríamos identificar con el neonazismo parecen mostrar una mayor irritación ante la presencia de los nacionalistas de izquierda, en el caso del evento de la mañana, que ante los símbolos nazis que contemplan con manifiesta indiferencia.

Mi propósito en las siguientes páginas será poner en contexto el extraño espectáculo de un día de principios de otoño de este mismo año en el que escribo, es decir, abordar el complejo fenómeno del «blaverismo», sin el cual resulta imposible entender la articulación identitaria valenciana. También, y utilizando especialmente las herramientas conceptuales aportadas por Ernesto Laclau, me aproximaré a su especificidad, pero también a los rasgos que lo convierten en un excelente ejemplo de populismo que fue capaz de hegemonizar la identidad colectiva. Por último, y como ejemplo de la manera como realizó esta operación de construcción de un pueblo, reseñaremos un ejemplo de la presencia de la agenda *blavera* en determinada literatura folklórica asociada a la estratégica fiesta de las fallas.

CARACTERIZACIÓN DEL BLAVERISMO

¿Qué es exactamente el *blaverismo*? Podemos tomar como punto de partida la definición que nos aporta Vicent Flor en la monografía a la que volveremos a referirnos más tarde:

Un moviment sociopolític del País Valencià espanyolista, regionalista, populista i conservador nascut a la dècada dels setanta del segle xx que fa de

l'anticatalanisme la raó principal de ser però que se'n revesteix d'autoctonisme, és a dir, que es fa passar com a «valencianista» i, per tant, és un anticatalanisme valencià específic (2011: 22).

En efecto: la definición de la identidad se convirtió en el eje de la política valenciana en los años de la transición, hasta el punto de llegarse a hablar de «Batalla de Valencia». Los años más intensos de enfrentamiento, con episodios incluso de violencia social, irían aproximadamente desde la constitución del Consell Preautonòmic del País Valencià en abril de 1978 hasta la aprobación del Estatuto de Autonomía de la Comunidad Valenciana en julio de 1982, aunque continuó ocupando un lugar importante en la agenda política y en los medios de comunicación durante la década de los 80 y 90. Fue en esa época en el que los actos públicos del día 9 de octubre se convirtieron en masivos y extremadamente tensos. Precisamente uno de los momentos culminantes del enfrentamiento civil se produjo en 1979, exactamente 35 años antes de la escena con la que abríamos estas páginas. Las banderas colgadas en el Ayuntamiento de la ciudad ardían después de que alguien de entre la multitud lanzara una bengala incendiaria para quemar una de ellas, la bandera oficial del Consell, la de cuatro barras rojas sobre fondo amarillo.

Se enfrentaban dos paquetes de símbolos que en su mayor parte habían convivido con naturalidad durante décadas. Junto a ellos, una extraña controversia lingüística y ortográfica. En el fondo, dos concepciones muy diversas sobre la identidad valenciana, sobre el espacio social de las lenguas que estaban conviviendo y sobre su articulación con el resto del estado español. Todo ello con una gran cantidad de matices que se perdían en el enfrentamiento.

De un lado, la bandera que tradicionalmente se había asociado con el antiguo reino medieval, es decir, la bandera «cuatribarrada»; la denominación acuñada por el nacionalismo de principios del siglo xx, País Valenciano; un himno folklórico cargado de simbolismo, la *Moixeranga*, propio de las fiestas de Algemés, sobria melodía interpretada por tabalet i *dolçaina* mientras se forma un castillo humano que recibe el mismo nombre; y la fecha del 25 de abril como fiesta nacional, es decir, el aniversario de la derrota de las tropas del archiduque Carlos ante el ejército borbónico en la guerra de Sucesión, en el año 1707, y del final subsiguiente del Reino de Valencia como entidad jurídica.

Del otro lado, la bandera que se había asociado tradicionalmente a la ciudad de Valencia, que añade a las cuatro barras rojas de la Corona de Aragón una franja azul vertical al lado izquierdo y una emblemática corona. Como denominación, la histórica de Reino de Valencia. Como himno, se identificaban con el compuesto por José Serrano y Maximilià Thous para la Exposición Regional Valenciana de 1909, asociado por lo tanto también a la ciudad de Valencia y al apogeo de su burguesía mercantil y agroexportadora. Como fecha aglutinadora, la del 9 de octubre ya mencionada.

Dos paquetes emblemáticos por lo tanto con mucha fuerza simbólica y que se situaron en el centro del enfrentamiento. Junto a ellos, sin embargo, una peculiar polémica lingüística: los partidarios del segundo paquete simbólico defendían también que el valenciano era una lengua propia absolutamente diferente del catalán, atribuyéndole incluso mayor antigüedad. A partir de 1978 defenderán, al menos sobre el papel, el uso de una ortografía diferenciada, las llamadas *Normes del Puig*. Cualquier persona que sostuviera la unidad de la lengua catalana recibiría inmediatamente el infamante título de *catalanista* y sería expulsado inmediatamente de la comunidad simbólica.

En el fondo de la polémica había una cuestión identitaria de mayor calado. Desde los años sesenta se había ido articulando una propuesta nacionalista valenciana, básicamente cultural, a partir especialmente de la obra de Joan Fuster, con su ensayo *Nosaltres els valencians* de 1962 como texto central. Se trataba de recuperar –de construir– una conciencia de pueblo vinculado al resto de territorios de lengua catalana. Ello comportaba necesariamente la recuperación de espacios de uso para la lengua, crecientemente marginada de los núcleos urbanos al menos desde el siglo XIX y acosada con especial ahínco por la política cultural franquista: nacionalismo valenciano, catalanismo lingüístico y antifranquismo aparecían como unidos de manera indisoluble y vinculados a un proyecto definido como modernizador.

Ello se convertiría en una amenaza imaginaria para amplios sectores de la sociedad valenciana: clases medias urbanas castellanizadas más o menos recientemente, conservadoras en su mayoría, y que identificaban esta castellanización como una marca de ascenso social. Lo que ellos percibieron como *catalanismo* parecía encarnar las incertidumbres de la modernización, las amenazas de la crisis, y las incógnitas potencialmente desestabilizadoras para ellos abiertas tras la muerte de Francisco Franco. Así, entre otras cosas, como tendremos ocasión de comprobar, la defensa sobreactuada de la lengua valenciana no llevará aparejada su uso, sino más bien todo lo contrario. Se integrará de manera incoherente sólo en apariencia el modelo diglósico, con el valenciano como lengua B restringida a usos coloquiales y folklóricos, a la *verdadera* identidad valenciana. Por ello, en sus textos de agitación emplearán abundantemente el castellano, o el valenciano escrito sin seguir ninguna norma ortográfica, tampoco las Normas del Puig, esgrimidas como fetiche en la confrontación simbólica.

LA HISTORIA DE UN ESTUPOR

Así las cosas, si reducimos el enfrentamiento a una polémica «racional» entre dos opciones opuestas por argumentos filológicos o históricos, evidentemente este no tiene sentido. No lo tiene por ejemplo oponer de manera excluyente dos banderas que, como han mostrado con matices diferentes Pau Viciano (2008)

y Ferran Esquilache y Francesc Baydal (2006)¹ habían convivido sin problemas. Además, en cualquier caso, la *senyera coronada* estaba especialmente vinculada a la ciudad de Valencia, donde su presencia había sido más frecuente. Menos sentido tiene por supuesto el secesionismo lingüístico abordado con criterios estrictamente filológicos.

Por ello, la bibliografía sobre el blaverismo comparte en general una actitud de estupor: ¿cómo es posible que planteamientos científicamente tan endeble cuando no abiertamente aberrantes tuvieran tanta capacidad de pregnancia pública? Ello, de un modo u otro, se ha explicado en términos de «manipulación», «propaganda», o de «falsa conciencia». Se ha identificado a unos sujetos de la manipulación: Xavier Casp y Miquel Adlert, en el lado de los escritores; Manuel Broseta, Fernando Abril Martorell y Emilio Attard, políticos de UCD; y María Consuelo Reyna, la todopoderosa subdirectora del diario *Las Provincias*, dedicado durante estos años a una campaña constante e inmisericorde de *agitprop* blavera. Y, claro, también se identifica un objeto de esa operación política, el «pueblo» valenciano, las clases populares sobre todo de la ciudad de Valencia y su entorno. Al mismo tiempo se suele identificar el blaverismo como una suerte de anomalía histórica valenciana, una peculiaridad inexplicable e intraducible.

Es el caso del ensayo ya clásico de Francesc de Paula Burguera (1991). Él mismo había sido un político durante la Transición al frente de unos de los partidos políticos que acabaron integrados en UCD, el PDLPV, intento de partido nacionalista valenciano, de carácter «centrista», como se decía en aquellos años, y que, como él mismo relata, sería laminado por la estrategia blavera del partido de Adolfo Suárez en el País Valenciano. Habla, así, del «desgavell anticatalanista» (1991: 153). En su ensayo, se refiere sobre todo a uno de los orígenes del blaverismo, las tensiones en el pequeño campo cultural en valenciano y sus instituciones casi subterráneas bajo el franquismo: las rupturas de Xavier Casp y Miquel Adlert con Carles Salvador, primero, y Joan Fuster, después, y que configurarían los dos bandos de escritores e intelectuales enfrentados. Para él, entonces, en el origen del blaverismo habrá una cuestión personal: «Al meu parer, i és una convicció que tinc des d'aleshores, aquest enfrontament va obeir més a qüestions personals i de protagonisme –per par d'Adlert, naturalment– que a diferències de concepció estètica o de praxi poètica» (1991: 74).²

Por ello, no dejará de mostrar estupor al recordar los cambios de actitud, y trazar sus recuerdos de una Valencia que parece soñada. Así, por ejemplo, recuerda el entusiasmo de Vicente Giner Boira con ocasión de la exposición divulgadora en Valencia del proyecto del *Diccionari català-valencià-balear*: «Em referesc al conegut anticatalanista Giner Boira, que ara defensa que el valencià és una llengua que no té res a veure amb el català, mentre que en 1951 incitava des de la ràdio tots els valencians perquè acudiren a visitar l'exposició de l'obra del *Diccionari*» (1991: 99). Por ello, la explicación última del fenómeno posterior es la traición de una serie de personas relevantes en el campo cultural valenciano en unos años decisivos.

Aunque los hechos que narra son importantes y significativos, sin embargo lo que no puede explicar es por qué una pelea interna entre escritores pudo convertirse en un enfrentamiento civil e identitario que ocupó a sectores muy amplios de la opinión pública. Sí que señala sin embargo que los agitadores que le insultaban el 9 de octubre de 1977 en uno de los primeros episodios de tensión callejera blavera no tenían nada que ver con ninguna familia del valencianismo cultural:

Si que tinc clar, però, que aquells joves que ens increpaven –i a mi concretament amb paraules més grosses que la de *catalanista* o *renegat*– no tenien res a veure amb un *valencianisme anterior* al 1936, el qual, en haver-li negat la legitimitat històrica, s’havia dedicat a donar suport a l’espanyolisme anticatalanista més esfereïdor. Allò eren *feixistes*, empesos i esperonats pel feixisme local. Els tenia a pocs metres de mi, seguint la *processó cívica* –¡quina ironia!– i sense deixar d’insultar-me amb unes cares que feien feredat (1991: 162).

Es decir, lo que Francesc de Paula Burguera acierta a explicar con lucidez es la confluencia de intereses –y de enemigo– entre uno de los sectores de la reducida cultura en valenciano y sectores vinculados al franquismo local, caracterizados sobre todo por su «espanyolisme» feroz, es decir, por su nacionalismo español.

Por su parte, Vicent Bello identificaba el blaverismo como «un model autòcton de discurs feixista» (1988: 18) vinculado a «una àmplia classe mitjana que veu coincidir el canvi polític amb la inestabilitat social i econòmica» (1988: 19). Otra vez, en su texto, encontramos muy presente el gesto descalificador en términos de falsa conciencia. En su caso, habla abiertamente de «psicopatología» (1988: 273). El blaverismo vendría a ser así una suerte de enfermedad social, de delirio colectivo. Sin embargo, Bello reconocía la heterogeneidad del fenómeno. Por una parte, al trazar su origen diverso:

El blaverisme hereta el seu element nuclear anticatalanista de quatre fonts principals: la ideologia centralista i espanyolista del franquisme, la tradició anticatalana d’un determinat sentimentalisme particularista (del tipus Bayarri), el substrat lerrouxista i antivalencianista del republicanisme blasquista de principis de segle, i sobretot, de la més genuïna tradició del feixisme clàssic espanyol (1988: 80).

Y por otro lado al establecer su amplia tipología (1988: 143-198): «proto-blavers», «blavers inicials», «blavers instrumentals», «blavers hiperideologitzats», «blavers per impregnació», «jóvenes nacionalistas españoles», «lerrouxistes» i «neoblavers». Sin duda la identificación sin más de blaverismo con fascismo queda desbordada en esta taxonomía.

Francesc Viadel, por su parte, en su ensayo periodístico y documentado sobre este tema relativiza esta identificación: «El blaverisme –això és, l’anticatalanisme valencià– ha vingut a ser aproximadament la versió vernacla, contemporània, del

vell moviment reaccionari entre valencians» (2006: 9) y sintetiza en una sola frase su agenda política: «El seu únic objectiu polític fou, clar i ras, combatre el nacionalisme, frenar qualsevol procés de normalització cultural o lingüística, atacar qualsevol símptoma de modernitat política o social al si de la societat valenciana» (2006: 20). Viadel lo ve más como una supervivencia exitosa del pasado que como un movimiento moderno surgido de nuevas condiciones políticas y sociales.

Vicent Flor (2011) realiza un acercamiento complejo al blaverismo: a su discurso, a su composición social y a su historia. Así, por ejemplo, distingue cuatro etapas en su desarrollo. La primera, entre 1975 y 1978 sería la de la confluencia en el discurso anticatalanista de «bona part de l'establishment franquista» con «un grup d'intel·lectuals i valencianistes històrics» (2011: 103), es decir, el encabezado por los ya reseñados Casp y Adlert. La segunda, entre 1978 y 1982, sería la de la «conversió en moviment de masses», caracterizada por una «altíssima mobilització i violència física i simbòlica» (2011: 103). De 1982 a 1999, la de su «legitimació ... amb un instrument partidista, UV» (2011: 103).³ La cuarta, tras el agotamiento y práctica desaparición de este partido, aparece caracterizada como la de «marginalitat ... i assumptió dins d'un entramat ideològic polièdric, per part del PP del discurs blaver». El resultado de la segunda y tercera fases, gracias a su activa y exitosa apropiación «de bona part del *pack* simbòlic de la valenciania temperamental» (2011: 293), fue el haberse conformado como «la narració hegemònica de la identitat valenciana» (2011: 104). Es decir, el blaverismo para Vicent Flor es la historia de un populismo que, movilizando y recabando el apoyo de sectores amplios y por lo tanto heterogéneos de la sociedad, consiguió convertir en hegemónica una versión de la identidad valenciana.

EL BLAVERISMO Y LA RAZÓN POPULISTA

Creo que muchos de los rasgos del blaverismo que se nos presentan como originales e insólitos se entienden bien si recurrimos por ejemplo a los conceptos que maneja Ernesto Laclau en su teoría de la «razón populista» (2005). El blaverismo, entonces, no deja de aparecérsenos como un ejemplo típico en muchos aspectos de movimiento populista de carácter conservador.

En efecto, en términos políticos no tiene sentido descalificar el blaverismo porque sus opiniones filológicas sean disparatadas científicamente. «La tarea no consiste tanto en comparar sistemas de ideas en cuanto ideas, sino explorar sus dimensiones performativas» (2005: 28). Y por algún motivo es evidente que las afirmaciones blaveras sobre la identidad estaban más cerca de lo que una parte de la sociedad había decidido creer. Y no sólo eso, sino que, en términos de Laclau, esa identidad, ese paquete de representaciones, se convirtió en símbolo totalizador de otra serie de demandas, en algunos casos formuladas de manera contradictoria o especialmente vaga. Es decir, la bandera con franja azul, por escoger uno de

los símbolos, el que acabaría dando nombre al movimiento, devino un auténtico «significante vacío» generador de «identidad hegemónica» (2005: 95) al que podía asociarse una «cadena equivalencial» de «demandas populares» muy diversas. Y también el nombre y el origen mítico de una lengua que sus defensores en realidad no hablaban y que sobre todo no escribían, porque no estaban dispuestos a traducir esa falta en pérdida de capital social, precisamente cuando para el relato familiar había significado todo lo contrario: «Es tractava al capdavall de justificar l'abandonament de la transmissió familiar de la llenguapròpia» (Flor, 2011: 134).

Por ello, como también señala Vicent Flor (2011: 106) no es exactamente un fascismo. Se parece a él porque es un populismo. Pero no puede identificarse con el fascismo histórico, ni siquiera al fascismo histórico en su versión española, porque las demandas que encadena son otras, o al menos parcialmente otras. Por ello, elementos procedentes del fascismo histórico sin más podían formar parte de la cadena; por ello, movimientos neonazis pueden en 2014 acercarse al espectro de demandas del difuso populismo blavero actual, y, lo que es peor, por ello una parte de ese público con tibias posiciones políticas en otros ámbitos puede ver desfilar con indiferencia símbolos que en otra ciudad europea provocarían escándalo: porque se ha acostumbrado a verlos como aliados en un espectro amplio aunque él mismo no se identifique con ellos. El azul en Valencia tuvo muchos tonos, pero todos podían reconocerse en el mismo significativo vacío.

Si repasamos ahora la tipología blavera ofrecida por Vicent Bello podremos entenderla como un repaso posible a las diferentes demandas de la cadena equivalencial representada por ese significativo vacío. No todos pedían lo mismo. Por eso, por ejemplo, las Normas ortográficas del Puig entran y salen de las proclamas. Pueden ser ellas mismas el significativo vacío privilegiado para una movilización concreta, como la manifestación convocada por Coalición Valenciana, el partido político que intentó en vano ocupar el espacio político dejado por Unió Valenciana, en 2004, pero, en la práctica, muy pocas personas las usan, y menos todavía estudian los cursos que de ella imparten instituciones como la Real Academia de Cultura Valenciana o Lo Rat Penat. Por eso, una parte del blaverismo, la procedente del campo cultural valencianista, intentará de hecho el empleo y desarrollo de la lengua en diversos ámbitos, mientras, como veremos más adelante, otra buena parte de las masas movilizadas ejercerá la diglosia y continuará el proceso de sustitución lingüística. Es, por cierto en ese sector letrado donde se han producido realineamientos y aparentes «cambios de bando», como los de Artur Ahuir (Viadel, 2006: 268)⁴ o Vicent Flor (2011: 34),⁵ que en determinado momento perciben la inadecuación de su demanda respecto a ese significativo vacío, la desvinculan de él y la insertan en otra cadena equivalencial. Es decir, convirtieron el significativo vacío en significativo flotante (Laclau, 2005: 165).

Por otro lado, Bello percibía como una de las peculiaridades del blaverismo «el fet que la seua víctima preferencial és un subjecte endogen, són els catalanistes. El primer pas de tota la maniobra serà al·logeneïtzar la víctima, estrangerit-

zar-la» (1988: 44). Muy al contrario, como describe Laclau con precisión, esta es una de las características centrales de la razón populista. «En el caso del populismo ... una frontera de exclusión divide a la sociedad en dos campos. El "pueblo", en ese caso, es algo menos que la totalidad de los miembros de la comunidad: es un componente parcial que aspira a ser concebido como la única totalidad legítima» (2005: 108). El pueblo, entonces, surge de esa oposición interna, la necesita para existir. Por eso no es extraño el juego de palabras que hace que los «valencianistas» históricos sean despojados de ese calificativo, porque precisamente en torno a la definición identitaria es donde se está produciendo el enfrentamiento. La «verdadera» identidad del pueblo es la que aglutina la cadena equivalencial de demandas de un sujeto colectivo que precisamente se constituye como pueblo en el acto de esa aglutinación. Y respecto a ese pueblo y a esa identidad ahora definida se realinean y se redefinen los conceptos y los discursos anteriores.

Ello explica también los sorprendentes cambios de discurso que tanto irritaban a Burguera. Para Vicente Giner Boira afirmar la evidencia de la unidad de la lengua catalana en 1951 tenía unas connotaciones muy diferentes a hacerlo en 1981, por ejemplo, porque se vinculaba a una cadena equivalencial de demandas diferente; o, más exactamente, porque ocupaba una posición diferente (de exterioridad absoluta) respecto a la consideración de la lengua valenciana como lengua, devenida significante vacío vinculado a una cadena equivalencial con la que Giner Boira sí se identificaría: diglosia, identidad nacional española, conservadurismo, preservación de las jerarquías sociales, preservación de las tradiciones tal como estaban en el momento histórico anterior, minimización de la ruptura con el orden franquista, etc. En 1981 no podía afirmar la unidad de la lengua, no ya sin romper la cadena propia de demandas, sino sin salirse del «pueblo» definido por ese significante vacío. La «verdad científica» estaba en otra cadena de demandas, y por ello formaba parte del juego político, y por tanto de otro orden de significación y de enfrentamiento.

También se explican bien las cuatro fases de la evolución del movimiento que traza Flor. La primera corresponde al momento de nacimiento y aglutinación de demandas. La segunda y la tercera son propiamente el momento populista del blaverismo, su movilización de masas contra otra versión de la identidad, y de paso otra cadena equivalencial de demandas asociada. Durante este momento el blaverismo tuvo éxito en solapar la dialéctica izquierda-derecha:

Es pot afirmar que el conflicte identitari suposà si més no a la ciutat de València i, en menor grau, a les comarques més pròximes, un transvassament ... de votants de centreesquerra o fins i tot d'esquerra a opcions ideològiques de centredreta que, per tant, haurien prioritzat el vessant identitari a l'ideològic (Flor, 2011: 112).

La cuarta, el debilitamiento de la cadena equivalencial precisamente porque se ha triunfado en el conflicto y el significante vacío propio ha devenido hegemó-

nico en la sociedad y por lo tanto una parte importante de la cadena ha devenido institucional. Ni siquiera sorprende la fagocitación de UV por el PP una vez han llegado juntos al poder, ya que el blaverismo era desde el principio nacionalista español. El momento actual de crisis política de gobierno abre algunas incógnitas sobre si el blaverismo podría reactivarse como movimiento de masas, o si el nuevo momento tiene aparejadas otras cadenas equivalenciales, otros significantes vacíos y otros enemigos internos/externos: la «casta», por ejemplo.

Por otra parte, hemos de tener en cuenta que la adhesión de los partidarios al blaverismo, como a cualquier populismo, pertenece al orden del afecto (Laclau 2005: 142). Es decir, el sujeto convierte al significante vacío en una representación aceptable del *objeto a* que sustituye al objeto original perdido, para decirlo en términos lacanianos. «El objeto *a* de Lacan constituye el elemento clave de una ontología social» (Laclau, 2005: 147).

Lo que se está jugando en la controversia política es algo que se percibe como esencialmente vinculado a la constitución misma del sujeto. En el flujo de discursos que configura la subjetividad es difícil establecer nítidamente la separación entre el adentro y el afuera (Castoriadis, 1983: 181). En ese sentido, el populismo es más que una máquina social productora de pueblo, es también una máquina productora de sujetos, es decir, es un mecanismo discursivo que vincula la existencia del sujeto y sus identificaciones narcisistas⁶ a esa colectividad definida y representada por ese significante vacío. «¿Qué es un Ideal del Yo? El resultado de la fortificación alienada del yo [...] por donde el sujeto adhiere a las figuras imaginarias desprendidas de la vida del padre y el relato familiar» (Masotta, 1976: 15). El significante vacío se vincula de manera inseparable a ese ideal del Yo, al propio relato familiar. Por eso la disputa es mucho más visceral que razonada. Por eso no se puede neutralizar un populismo a base de razonamientos ilustrados y pedagogía.

LAS FALLAS: SÍMBOLO Y CAMPO CULTURAL

En ese sentido, una de las razones del éxito del blaverismo en el conflicto por la narración de la identidad valenciana fue el vincular a la cadena equivalencial «el pack simbólico» al que se refería Vicent Flor, es decir, una serie de elementos tradicionales que habían sido refuncionalizados en la modernidad como señales de identidad. El caso de las fallas fue especialmente notable, y estuvo en el origen de la capacidad movilizadora del blaverismo e incluso del nacimiento del partido político que canalizaría electoralmente sus demandas (Flor, 2011: 129).

Hay que tener en cuenta que, aunque las fallas fueron originalmente una fiesta de las clases populares, y que habían mantenido unas relaciones más o menos problemáticas con el poder municipal, especialmente durante el siglo XIX, habían sufrido un proceso de verdadera refundación con el franquismo, paralelo a su consolidación institucional (Peris Llorca, 2012: 225-231). Las fallas, a partir de

1939, con el nacimiento de la Junta Central Fallera, se convierten en una red de asociaciones populares de base, organizadas piramidalmente, con el alcalde en la cima como presidente nato del recién creado organismo de coordinación. La Junta Central Fallera fue durante todo el franquismo un eficaz difusor de consignas en la base social de una fiesta en la que cada vez más el humor carnavalesco iba fosilizándose, casi como simulacro de sí mismo, como repetición de un original perdido más que como actualización interactiva con el presente de la ciudad. Además, los elementos institucionales y protocolarios, incluso religiosos, habían ido tomando una importancia central, y elementos jerárquicos e inmovilistas se habían situado en el centro del imaginario. Las fallas se convirtieron en un ritual civil e identitario absolutamente moldeado por el imaginario franquista de la identidad regional como una variante menor de la sólida identidad nacional española: «el valencianisme temperamental s'encarrilaria en un espanyolisme heretat i estimulat per les circumstàncies del règim» (Hernández i Martí, 1996: 383). Si ser fallero era la forma más evidente de ser valenciano y de ejercer la identidad imaginada (Hernández i Martí, 1996: 380), ser valenciano encajaba perfectamente con el imaginario social y nacional franquista.

En 1980 las fallas constituían una red de 309 asociaciones unidas por una estructura jerárquica piramidal y proveían de una imagen disponible del pueblo valenciano y de una escenificación de sus orígenes. Existían fallas en todos los barrios de la ciudad y escenificaban un imaginario interclasista. Elemento definido como «tradicional», en el sentido de Hobsbawm (1988), y con función de tal en la ciudad de Valencia (Ariño, 1992: 305-332), si una cierta reacción popular ante los procesos modernizadores podía detectarse desde muy atrás en ellas, y si este elemento había sido decantado por la refundación franquista, era previsible que las nuevas incertidumbres abiertas ante la muerte de Franco y los nuevos procesos modernizadores, incluidas nuevas propuestas identitarias promovidas por sectores letrados, despertaran su desconfianza y su inquietud (Flor, 2011: 131). Además, esto venía retroalimentado porque desde el nacionalismo valenciano y la izquierda se denunciaba la ocupación simbólica por parte del franquismo de diversos espacios de sociabilidad festiva y en algún caso se había optado por descartarlos en bloque en su propuesta de construcción nacional (Flor, 2011: 194). No es extraño pues que las demandas de las comisiones falleras –y la Junta Central Fallera– encajaran a la perfección en esa cadena equivalencial representada por un significante de apelaciones tradicionales que fue el blaverismo, y que las confirmaba en su papel imaginario de ejercicio sostenido y público de la «valencianidad».

Las fallas, por ello, desempeñaron una función muy importante en el desarrollo del blaverismo: aportaron masas para las movilizaciones, símbolos vinculados a la cadena equivalencial, manifestaciones subordinadas pero unidas íntimamente al significante vacío y por tanto a la definición de la identidad hegemónica, y también un espacio social –un campo cultural– definido como

«popular» para difundir y renovar la agenda blavera, y también para actualizar el vínculo entre la cadena equivalencial. Veámoslo con un ejemplo concreto.⁷

LLIBRETS DE FALLA COMO NATURALIZACIÓN DE LA CADENA EQUIVALENCIAL

Las comisiones falleras como parte de su ciclo ritual anual publican el llamado *Llibret*. Originalmente era una hoja volante, o un folleto, con la explicación y relación de la falla descrita en verso popular en valenciano. Autores anónimos, pero también sainetistas, poetas satíricos y otros poetas vinculados a la *Renai-xença* colaboraron habitualmente con estas publicaciones desde el siglo XIX. A medida que las fallas se fueron institucionalizando como asociaciones estables, los *llibrets* se convirtieron en pequeños anuarios. (Peris Llorca, 2014: 64). Aunque la explicación en verso de la falla seguía apareciendo y en muchos casos era todavía el centro de la publicación, poco a poco iba siendo desplazada por otros contenidos, como las fotografías de las falleras mayores o la relación de cargos del ejercicio, en un proceso paralelo al ya reseñado en la evolución del conjunto de la fiesta. Este era entonces el modelo dominante de *llibret* de falla en los años de máxima movilización del blaverismo, y, como comprobaremos, se convertirá en escenario y arma de la pugna simbólica.

Las explicaciones y relaciones, herederas por lo tanto de las hojas volantes cómicas, participaban de una sólida convención de poesía popular (Marín, 2014: 32-34). De hecho, entroncan con los *col·loquis* y textos similares en que se remedaba la voz de un personaje popular. El sujeto poético de esos textos hablaba desde el sentido común del pueblo. Sus afirmaciones aparecían enfáticamente despolitizadas, como procediendo de la percepción evidente y desprejuiciada de un sujeto popular, externo a las polémicas letradas. Como observó Josefina Ludmer en una tradición muy diferente, pero en textos que realizan una operación muy similar, los poemas gauchescos, se trataba de naturalizar en la voz del otro la ideología letrada de uno de los dos bandos en pugna: «esta barrera ideológica, contraparte del reconocimiento, es la condición fundante» (1988: 33). Las explicaciones y relaciones son, entre otras cosas, un documento de estas operaciones propagandísticas de naturalización de ideología en diferentes momentos de la historia de la sociedad valenciana.⁸ En este sentido pueden leerse como una historia de la construcción ideológica del *sentido común*.

Aunque los monumentos falleros se hicieron eco del conflicto identitario, fue en las páginas de los *llibrets* y especialmente en las explicaciones y relaciones donde la presencia de la polémica y de la agenda del blaverismo se hace más evidente, ya que los poetas festivos del momento, como Anfos Ramon, Donís Martín o Pere Delmonte, se alinearon con la postura defendida por Xavier Casp y Miquel Adlert, pertenecían a instituciones hegemónicas por el secesionismo lingüísti-

co, como *Lo Rat Penat* y la Real Academia de Cultura Valenciana, y fueron figuras beligerantes en el campo cultural. Por ser además documentos con vocación de permanencia en el tiempo, los *llibrets* resultan fuentes de gran interés también por la relación entre estos poemas satíricos y el resto de textos de la publicación para reconstruir el imaginario social de las asociaciones falleras, y la articulación de su adhesión a la cadena equivalencial del populismo blavero.

Esto puede observarse con claridad si tomamos por ejemplo los *llibrets* de la falla Bisbe Amigó-Cuenca durante la década de los años 80, es decir, entre la segunda y la tercera de las fases del blaverismo. Se trata de una comisión situada en un barrio populoso, tradicionalmente de clase media, en la ciudad de Valencia, en el segundo ensanche, el que partió de la Gran Vía Ramón y Cajal. Era una comisión bien conocida en la ciudad especialmente por sus espectáculos de fuegos artificiales, sus *masclètades*. Sus monumentos tenían un presupuesto elevado, aunque no eran de las más caros de la ciudad. En la época de la que nos estamos ocupando habitualmente era clasificada en la sección 1ª A, es decir en la segunda sección de las fallas clasificadas por presupuesto declarado. Al inicio de la década, el artista fallero habitual era Julián Puche, uno de los más prestigiosos del momento. Estuvo haciendo esta falla hasta su jubilación en 1981. Y de hecho, con ella consiguió en 1980 su penúltimo *ninot indultat*, que puede contemplarse hoy en el Museu Faller. Es, además, una comisión bien conocida en el mundo fallero, con cierta notoriedad en su adhesión a esta valencianidad temperamental. El presidente durante estos años, Miguel Calap Company, titular de la Administración de Lotería nº 57 de Valencia, era también directivo de la Federación Valenciana de Fútbol, es decir, que tenía prominencia pública como representante destacado de la clase media de la ciudad. El apellido Calap está muy presente en la historia de esta comisión, en lo que constituye un buen ejemplo de vinculación familiar a una comisión de falla.

Los poetas festivos que se ocuparon habitualmente durante estos años de las explicaciones y relaciones de la falla en el *llibret* son los ya mencionados Anfos Ramón y Donís Martín. Este último, por cierto, llegaría a ser secretario general de Junta Central Fallera con los gobiernos del Partido Popular entre 1995 y 2003. En resumen, la falla Bisbe Amigó-Cuenca es un ejemplo perfecto de comisión fallera popular, de clase media, con peso específico dentro del entramado asociativo, decantada hacia la movilización populista blavera. Resultará entonces útil atender a la presencia de la polémica identitaria y a la agenda del blaverismo en sus publicaciones.

Y en efecto, las explicaciones y relaciones en sus *llibrets* de falla durante estos años incluyen el catálogo prácticamente completo de los tópicos blaveros naturalizados en el verso popular característico del género. Así, por ejemplo, en 1980 encontramos referencias a la «traición» de Joan Fuster: «un singular artista / fill de la terra sueca, / que es carrega una taleca / fent el numeret de tанда»;⁹ o, a las supuestas operaciones catalanizadoras que estaría realizando Josep Lluís Albiña-

na, el Presidente del Consell Preautonòmic del País Valencià, convertido en un fakir en el circo autonómico:

Son nom comença per 'al'
i no sé què més darrere.
Hi ha qui encara no ha comprés
com aguantà l'home tant.
I hi ha qui diu que el chicòt,
ja tots nos l'anà pegant» (Ramon, 1980).

En 1982 a propósito de la ley del divorcio se acusará a los «catalanistas» de sembrar la discordia entre valencianos. «Per culpa d'uns desgraciats / hi ha valencians separats»: «Ella, per tot diu que vol / tindre el nom de valenciana. / Ell, obedient a qui el mana / va des del Puig, al Pujòl»¹⁰ traduciendo por cierto el argumentario a la metáfora patriarcal (Ramon). En 1983, en un poema homenaje al artista fallero Julián Puche, se hablará de los «renegats» que «ens porten enganyats, / burros savis, bandolers» (Camps). En 1984, al buscar los culpables del cierre de Altos Hornos del Mediterráneo, se harán afirmaciones victimistas de corte catalanóphobo que evidencian por otro lado la continuidad entre el anticatalanismo valenciano y la catalanofobia central al nacionalismo español de esta misma época (Flor, 2011: 282). Los catalanes se alían con las otras regiones en las que existe industria siderúrgica para acabar con la planta valenciana:

Els d'Asturies i Basconia
i els de la gran Katalonia,
diuen que Sagunt va mal.
I com ells del mal se n'ixen,
fent la pilota aplaudixen
¡la reconversió industrial! (Ramon).

En 1985 se combate la incorporación del valenciano a los programas oficiales de Enseñaza Primaria y Secundaria acusándola de ser en realidad «catalanización»: «I encara el valencià que va al'escola / pensant que es nostra llengua com deu ser, / vorà com li embotixen la perola / d'allo que mal li dona un conseller».¹¹ Una página más tarde, tendrá palabras descalificadoras para la Universitat de València: «També en l'Universitat / la fantasia s'enredra / .../ Allí priva l'arribiste / que retrucant de farol, / ara diu que a don Pujol, / ¡me'l van a fer socialiste!» (Ramon). En 1989 ridiculizará los proyectados eventos oficiales de conmemoración del 750 aniversario de la fundación del Reino de Valencia por Jaume I ya que olvida la supuesta existencia anterior del pueblo valenciano:

Puix segons vol explicar
eixa data tan al dia

Valencia, abans no existia
¡Era un inmens carxofar!
Aço no tenia historia
ni llengua ni monuments
ni 'trelrats' inteligents
ni legats per a memoria (Martin).

Si extendemos un poco más la mirada y nos adentramos en la década de los 90 podremos encontrar la apología explícita del líder del partido político nacido del movimiento populista: Vicente González Lizondo, héroe popular en medio del catalanismo imperante en el Ayuntamiento:

Mes no me causen pavor
eixos noms de Partits grans
ni els que es diuen valencians
i es torquen en mocador.
Soc un pobre lluitador
que no sap res de 'taek-wondo'
¡pero si ve algun 'cachondo'
tractant-me com una fera...!
'Que vinga! ¡Que aci li espera
la vengança de Lizondo! (Martin).

Ahora bien, precisamente porque ninguna de estas explicaciones y relaciones está dedicada íntegramente a la polémica identitaria, es muy significativo comprobar con qué otros temas aparecen vinculados estos tópicos, porque nos permite contextualizar la demanda, es decir, nos permite repasar algunas de las demandas populares encadenadas y representadas por el significante vacío.

En 1982, por ejemplo, se dedica la mayoría de los versos a criticar duramente la anunciada ley del divorcio («la Llei del Divorç ajuda / a desunir la parella») y a las parejas que viven juntas sin casarse («Hui la parella que s'ajunta / i sense cap paper el rollo es munta, / resulta ja normal»). Van a ser frecuentes las críticas a la democracia. En 1980 se duda del proceso electoral: «¿com d'una urna en La Punta / que quasi estava difunta / veren eixir mils de vots?»; o se apostilla comentando los problemas de los jubilados «que els va donar el tir de gràcia / ¡la tan cacarejada democràcia!». En general, se ataca al sistema parlamentario («A mes que els parlamentaris / que ara van tots de paquet, / sempre els deixen els diaris / per llegir els comentaris / a canvi del glop de llet», 1984), a los políticos en general («Que bonico es ser polític, / tindre un rostre prou granític / i guanyar una elecció», Martin, 1986). La juventud está totalmente pervertida por la promiscuidad («¿Per a qué vullc una esposa / –diu el progre melenút– / si ací jo plante el canút / i em quede com una rosa?», 1982) y por las drogas («Hui te trobes als jovens / en les jeringues / que se 'piquen' als braços / eixes potingues», 1986). Es constante la identificación entre izquierdismo, promiscuidad sexual –o homosexualidad– y consumo de drogas y su apología:

¿I que em dius del travesti?
 ¿No será barbaritat
 portar l'instrument tapat
 quan se li nota el flautí?
 ¿No es de ser massa rossi
 qui les bones lleis deroga
 i de 'progre' es cataloga,
 quan per extranya virtut
 fa pols a la joventut,
 donant llum verda a la droga? (1984).

La ruptura de los roles de género resulta también amenazante y criticable: «I quan el marit retruca / portant el basto en la ma, / ella trau l'espasa sempre / i me'l deixa fet un drap», se puede leer en 1985 naturalizando y trivializando la violencia de género. La xenofobia encuentra también su expresión:

Molta gent se pren a broma
 la zona d'Orient Mijà
 quan la gent d'eixe Mahoma
 ya fa temps que nos empoma
 ¡per darrere i per «Allah»! (1986).

El cosmopolitismo «tercermundista» de la política cultural del ayuntamiento socialista resulta también ridiculizado ásperamente, vinculado además también al sexo y al catalanismo y demás causas identificadas como «progres»:

Paguem 'shows' ecologistes
 ajudes per als malais,
 els moviments sandinistes,
 els cursos catalanistes
 i el reivindicar dels 'gais' (1989).

De hecho, incluso, llega a escribirse la nostalgia explícita por la dictadura de Franco, esa época en la que los jueces eran independientes:

Abans ereu intocables
 en vostre 'sancta sanctorum'
 actuant en vostre forum
 com vos eixia dels sables.
 Ara tens que decidir
 pensant sempre en un Congres (1988).

Se critica por ello a los políticos de la democracia que «trauen els draps bruts de dictadures / 'feixismes', autocràcies, repressions» mientras que «de lo que hi havia bo, ¡no diuen res!» (1993).

La religiosidad católica popular, además, aparece expresada en otro texto poético adyacente en 1989, el homenaje al Obispo Amigó, que da nombre a la plaza en que se instala la falla. Significativamente, en la oración que le dedica el poeta Pere Delmonte encuentra también ocasión de hacer una referencia a «nostra dolça llengua valenciana».

La vinculación de la agenda blavera y las demandas conservadoras, postfranquistas, católicas, de una clase media que ve amenazados los valores hegemónicos, naturalizados y percibidos por tanto como tradicionales es evidente. De hecho, es precisamente por incluir todas estas demandas –todas estas alarmas– por significarlas, que la pseudofilología blavera, el azul de la bandera devenido significativo vacío, adquiere sentido completo, visceral y afectivo para una parte importante de quienes se adhieren.

Los *llibrets*, además, escenifican el reparto diglósico de espacios sociales que las lenguas tienen en este imaginario y que de hecho constituye una de las demandas vinculadas en la cadena equivalencial. Excepto algunos años concretos, como entre 1980 y 1985 en que el saluda del presidente está en valenciano (o en versión bilingüe) y aparecen algunos otros textos en prosa en valenciano, como la «Historia de l'himne regional» de 1985, los únicos textos escritos en valenciano en el *llibret* son la explicación y relación satírica, uso ritualizado y popularizante, y los no menos rituales poemas de exaltación a las falleras mayores del ejercicio y las letras de los himnos de la falla y de la Exposición, oficializado éste por el Estatuto de la Comunidad Valenciana de 1982, pero presente ya antes en los *llibrets* en calidad de tal como expresión de otra de las demandas vinculadas. Todos los demás textos: el saluda del presidente (desde 1986), las entrevistas a las falleras mayores, las cartas de la falleras mayores del año anterior, el programa de festejos, el recuerdo a falleros fallecidos, la publicidad, o incluso la explicación en prosa del contenido de la falla infantil, están escritos en castellano. En el programa blavero, por lo tanto, no hay contradicción. La lengua supuestamente independiente se defiende en tanto que símbolo para ser utilizada en contextos folk y coloquiales. La valencianidad jerarquiza los usos de las lenguas.

CONCLUSIONES

En conclusión, el blaverismo presenta las características de un movimiento populista, es decir, la vinculación de demandas populares en una cadena equivalencial representada por un significativo vacío, al que una gran cantidad de individuos se sienten vinculados de manera afectiva por investirlo como objeto y vincularlo al propio relato genealógico. Las fallas, elemento de sociabilidad entendido además como ejercicio de valencianía, esto es, como ritual performativo de la propia identidad, pero también entramado asociativo vinculado al proyecto franquista de integración social, vinculan a esa cadena equivalencial su propia demanda de centralidad en la identidad colectiva.

Un repaso a las demandas articuladas por el populismo blavero y a sus contenidos concretos presenta un inequívoco sesgo conservador: idealización del franquismo como momento previo de estabilidad, desconfianza hacia la democracia, a la que se culpa de la delincuencia o de la crisis económica, sexismo, xenofobia y etnocentrismo, concepción jerárquica de la sociedad, vinculación de los valores de la izquierda política a la depravación y a la disolución moral. Consegue además vincularla diglosia (y la sustitución lingüística del valenciano por el castellano por lo tanto) y el nacionalismo español como parte de la identidad valenciana «verdadera». Por eso el anticatalanismo valenciano puede leerse como la forma regional de la catalanofobia española.

Atender en profundidad al fenómeno del blaverismo permite entender además la larga hegemonía del Partido Popular en las instituciones autonómicas: hegemonía electoral, pero también social e imaginaria, es decir, hegemonía completa en el sentido gramsciano. Y explica también la situación anómala de los postfranquistas y neonazis en eventos públicos vinculados a la identidad como la *processó cívica* con la que comenzaba estas páginas, ya que lograron insertar sus demandas en la cadena equivalencial que acabó por traducir la hegemonía en institucionalización.

A partir de aquí se suscitan una tarea posible y dos incógnitas. La tarea, pensar hasta qué punto fue excepcional el blaverismo valenciano en el conjunto de la Transición española. Las incógnitas: atender a la posibilidad de que el blaverismo pueda volver a rearmarse como movimiento populista en el nuevo contexto de crisis económica, social y política, y, si, en ese caso, se reproducirán los bandos en conflicto o, por el contrario, la izquierda (y el valencianismo) serán capaces de convertir los significantes vacíos en significantes flotantes, es decir, de vincular la identidad valenciana y sus símbolos a una cadena equivalencial diferente.

NOTAS

1. La divergencia consiste en que Pau Viciano sostiene que la *senyera coronada* era exclusivamente la bandera de la ciudad, mientras que Esquilache y Baydal aportan documentos en que se vinculaba también al conjunto del reino y usos a comienzos del siglo xx y en la Guerra Civil en el mismo sentido y ya en un contexto moderno. En cualquier caso, y a pesar de la polémica que estos autores protagonizaron, en lo que ambos coinciden es en que las dos enseñas convivieron sin mayores problemas antes de la disputa simbólica iniciada a finales de los años 70.
2. Para un acercamiento actualizado a las implicaciones ideológicas profundas de la ruptura de Xavier Casp y Miquel Adlert con Joan Fuster, ver el documentado estudio de Faust Ripoll (2010) sobre el campo cultural valencianista durante la Postguerra.
3. Una diferencia reseñable del blaverismo con otros populismos es que en él el significante vacío, con su carácter identitario, parece no necesitar de un líder carismático que lo encarne. De hecho, Vicente González Lizondo, el líder fundador de Unión Valenciana, aunque tendrá alguna de las características de los líderes populistas, no realizará su emergencia pública hasta el final de la segunda fase. Aunque tendrá gran importancia en el refuerzo del vínculo entre los elementos de la cadena equivalencial parece más como el líder en la defensa de un significante vacío preexistente que como su encarnación concreta. Por ello, como revelará su decadencia política, parece ser un elemento prescindible y, hasta cierto punto, sustituible, como indicará la hegemonía política e imaginaria del Partido Popular al final del proceso. Es sintomático en este sentido que Vicent Flor (2011: 228) hable de «cabdills carismàtics» al hablar de Vicente González Lizondo, Rita Barberá

y Juan García Sentandreu. Esta peculiaridad de la posición simbólica del líder en la cadena equivalencial en cualquier caso excede los propósitos de este artículo, y queda pendiente para una investigación posterior.

4. Artur Ahuir, procedente de Lo Rat Penat y la RACV, uno de los más destacados escritores en valenciano que defendían el secesionismo y las Normas del Puig fue uno de los académicos fundadores de la Acadèmia Valenciana de la Llengua, en 2001, entidad normativa que reconoce abiertamente la unidad de la lengua catalana.
5. Vicent Flor, autor del ensayo más abarcador y valioso sobre el tema, explica en el prólogo su «particular evolució personal» que le hizo «trençar definitivament amb el blaverisme», y que de hecho le había llevado a ser expulsado de las juventudes de Unió Valenciana.
6. «El narcisismo tiende a reificar la falta, por eso tiene que ver con la determinación de lo imaginario. El narcisismo es el lugar de todas las identificaciones y de todas las alienaciones del sujeto», explica en otro texto Oscar Masotta (1992: 135). Es esa misma reificación de la falta la que inviste el significante vacío como portador –o signo– del objeto a, en la propuesta de Laclau.
7. Este artículo no hubiera sido posible sin la ayuda de mis compañeros de la Associació d'Estudis Fallers (ADEF), especialmente Josep Lluís Marín, por sus observaciones e Iván Esbrí, por facilitarme ejemplares de llibrets de falla de su colección privada.
8. «Esta alianza instaura el género como operación jurídica de intercambio en que se cede lo que se posee...: el gauchó su lengua hablada y el escritor su escritura» (Ludmer, 35). Como veremos, en el género satírico fallero el uso del valenciano en este universo diglósico tiene de hecho un valor similar al dialecto gauchesco remedado por los escritores del género. El valenciano coloquial escrito con las Normas del Puig, es decir, la *llengua valenciana* es construido en estos textos como la voz del pueblo.
9. Joan Fuster era natural de Sueca. Las citas de los *Llibrets* aparecen sin número de página porque están sin numerar en la publicación original. Respeto literalmente la peculiar ortografía empleada por los autores.
10. Estos versos se basan en un chiste que, por cierto, implica sin pretenderlo la unidad de la lengua: «puig» en catalán significa «colina». «Pujol» es según el diccionario del Institut d'Estudis Catalans un «puig petit». El Puig es el nombre de un pueblo de la provincia de Valencia situado junto a la colina en que el rey Jaume I estableció el campamento durante la campaña de 1238. Por ello, está vinculado al relato genealógico valenciano y por ello en él se firmaron las normas ortográficas secesionistas. «Pujol» es también el apellido de Jordi Pujol, el presidente catalán en ese momento histórico.
11. El conseller Ciprià Ciscar, durante cuya etapa como conseller de Educació de la Generalitat Valenciana se aprobó la Ley de Uso y Enseñanza del Valenciano (1983).

BIBLIOGRAFÍA

- ARIÑO, A. *La ciudad ritual. La fiesta de las fallas*, Barcelona, Anthropos, 1992.
- BELLO, V. (1988). *La pesta blava*, València, Edicions 3i4, 1988.
- BURGUERA, F. de P. *És més senzill encara: digueu-li Espanya*, València, Tres i Quatre, 1991.
- CAMPS i GALLEGO, E. «A l'artista Julián Puche en la nit del seu homenatge». *Llibret*, Valencia, Falla Plaça Bisbe Amigó, Conca i Adjacents, 1983.
- CASTORIADIS, C. *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets, 1983.
- DEL MONTE HURTADO, P. «Agraïment». *Llibret*, Valencia, Falla Plaça Bisbe Amigó, Conca i Adjacents, 1989.
- ESQUILACHE, F. y F. BAYDAL «La bandera del País Valencià». Creative Commons, 2006. docs.google.com.
- FLOR, V. *Noves glòries a Espanya. Anticatalanisme i identitat valenciana*, Catarroja, Afers, 2011.
- HERNÁNDEZ i MARTÍ, G.-M. *Falles i franquisme a València*, Catarroja, Afers, 1996.
- HOBBSAWM, E. *L'invent de la tradició*, Vic, Eumo.

- LACLAU, E. *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- LUDMER, J. *El género gauchesco: un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.
- MARÍN, J. Ll. «El llibret de l'antigor. Un relat fundacional de les falles», Josep Lluís MARÍN (coord.), *El llibret de falla. Explicació i relació de la festa*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2014, pp. 28-58.
- MARTIN I ALBIZUA, D. «Explicació i relació de la falla que porta per lema: 'El temps del desig'», *Llibret*, Valencia, Falla Plaça Bisbe Amigó, Conca i Adjacents, 1986.
- «Explicació i relació de la falla que porta per lema: 'La nit'», *Llibret*, Valencia, Falla Plaça Bisbe Amigó, Conca i Adjacents, 1988.
- «Explicació i relació de la falla que porta per lema: 'Carnestoltes'», *Llibret*, Valencia, Falla Plaça Bisbe Amigó, Conca i Adjacents, 1989.
- «Explicació i relació de la falla que porta per lema: 'Pardals de conte'», *Llibret*. Valencia, Falla Plaça Bisbe Amigó, Conca i Adjacents, 1993.
- MASOTTA, Ó. *Ensayos lacanianos*, Barcelona, Anagrama, 1976.
- *Lecturas de psicoanálisis: Freud, Lacan*, Buenos Aires, Paidós, 1992.
- NARBONA, R. *El Nou d'Octubre. Ressenya històrica d'una festa valenciana (segles XVI-XX)*, Valencia, Generalitat Valenciana.
- PERIS LLORCA, J. «La patrimonialización de la fiesta popular. Las Fallas de Valencia, patrimonio inmaterial», en Girona, Nuria (ed.), *La cultura en tiempos de desarrollo: violencias, contradicciones y alternativas*, Valencia: Universitat, 2012.
- «Cinc cèntims valia el llibret. Una historia posible dels llibrets de falla», Josep Lluís MARÍN (coord.), *El llibret de falla. Explicació i relació de la festa*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2014, pp. 60-73.
- RAMON I GARCIA, A. «Explicació i relació de la falla que porta per lema: 'El circo'», *Llibret*, Valencia, Falla Plaça Bisbe Amigó, Conca i Adjacents, 1980.
- «Explicació i relació de la falla que porta per lema: '¡Va de boda!'», *Llibret*, Valencia, Falla Plaça Bisbe Amigó, Conca i Adjacents, 1982.
- «Explicació i relació de la falla que porta per lema: 'Barbaritats'», *Llibret*, Valencia, Falla Plaça Bisbe Amigó, Conca i Adjacents, 1984.
- «Explicació i relació de la falla que porta per lema: 'Fantasia o realitat'», en *Llibret*. Valencia: Falla Plaça Bisbe Amigó, Conca i Adjacents, 1985.
- RIPOLL, F. *Valencianistes en la postguerra: estratègies de supervivència i de reproducció cultural*. Catarroja, Afers, 2010.
- VIADEL, F. *No mos fareu catalans. Història inacabada del blaverisme*, Barcelona, L'Esfera dels Llibres, 2006, 2^a ed. revisada y ampliada, PUV, Valencia, 2009.
- VICIANO, P. *Barres i coronas. La bandera de la Ciutat de València (segles XIV-XIX)*. Catarroja, Afers, 2008.

.....
 JESÚS PERIS LLORCA está adscrito en la actualidad al University of Virginia Hispanic Studies Program. Ha publicado diversos artículos sobre la fiesta de las fallas desde la perspectiva de los estudios culturales y del análisis de la cultura popular. Forma parte de la Associació d'Estudis Fallers.